
M A R I A

EVANGELIO VIVIDO

DIEZ GUIAS PARA DESCUBRIR A MARIA EN LOS EVANGELIOS

 La Casa de la Biblia



evd

verbo divino



MARÍA, EVANGELIO VIVIDO

**DIEZ GUÍAS PARA UNA LECTURA COMUNITARIA
DE MARÍA EN LOS EVANGELIOS**

evd

ÍNDICE

Presentación.....	5
1 María de Nazaret, oyente activa de la Palabra	9
2 María, bendita y bienaventurada	17
3 María alaba al Señor	25
4 María, Madre de Dios	33
5 María, entre la Ley y el Espíritu	41
6 María aprende a madurar como discípula de su Hijo	49
7 María nos abre a la confianza y a la obediencia	57
8 María y la familia de Jesús	65
9 María, la mujer fuerte y acogedora, en medio del dolor ...	73
10 María con los discípulos a la espera del Espíritu	81

PRESENTACIÓN

El proyecto nace de un trabajo en grupo

Con motivo del Congreso Mariano Internacional celebrado en 1998 en Zaragoza, se planteó a La Casa de la Biblia la posibilidad de ofrecer al público una serie de materiales sencillos para la lectura, reflexión y meditación de la figura de María en la Escritura. Nos animó a sacar adelante este proyecto el escaso material existente para grupos creyentes en torno a la figura de la Madre. Buscábamos, más allá de ideas teóricas y meramente intelectuales, dejarnos impresionar por los pasajes que hablan de María en el Nuevo Testamento, conscientes de que el testimonio que hoy se nos pide a los creyentes es hablar de lo que vemos, oímos y palpamos (cf. 1 Jn 1,1-4).

Para alcanzar este cometido, pedimos la colaboración de un grupo de biblistas y teólogos de Zaragoza. Ellos, bajo la coordinación y en estrecha colaboración con La Casa de la Biblia, fueron dando forma a estas guías de lectura.

Una reflexión comunitaria

En equipo elegimos nueve textos bíblicos de los evangelios y uno de los Hechos de los Apóstoles. Los diez hablan de María, de su camino de fe, de su disponibilidad sin límites para colaborar en la misión de su Hijo, de su presencia en los albores de la Iglesia.

Estos materiales se apoyan en tres claves de lectura que es importante tener en cuenta.

La primera clave es que son materiales para trabajar en *comunidad*. La comunidad enriquece y completa la propia visión, anima al compromiso, pero también exige apertura a los demás y entrega generosa de uno mismo.

La segunda clave es una *lectura creyente*, orientada a fortalecer la fe y que nos lleve, si es necesario, a modificar nuestras actitudes, porque la contemplación de María desde la Palabra siempre interpela nuestra vida.

Y como tercera clave, la *apertura a la conversión*, la disponibilidad para modificar en nuestra vida y a nuestro alrededor lo que sea necesario, lo que no se ajuste a las exigencias de la Palabra.

María, la Madre de Jesús, la mujer abierta al Espíritu, es el mejor modelo, la mejor intercesora en este camino que queremos comenzar como comunidad de fe abierta al Espíritu.

Los materiales

a) Un plan para cada situación

Como ya hemos señalado, estos materiales están pensados preferentemente para grupos que quieran profundizar en la figura de María desde los evangelios, si bien sirven también para la lectura, reflexión y meditación personal.

Pueden utilizarse de tres maneras diferentes:

– Como catequesis ocasionales con motivo de alguna celebración mariana o como preparación de grupos en los que exista una motivación hacia la figura de María.

– Como diez sesiones de reflexión durante un año, con encuentros cada quince días.

– Como diez sesiones de reflexión durante un trimestre, marcando los encuentros una vez por semana.

La duración de las sesiones es de hora y media, pero el animador, de acuerdo a las necesidades de su grupo, puede alargar, seleccionar o confeccionar su propio esquema de reunión respetando, en todo caso, las líneas básicas y los objetivos que vienen marcados al inicio de cada encuentro.

b) Esquema de una sesión

Antes de la reunión cada uno de los participantes leerá el pasaje que se indica al final de la sesión anterior, con ayuda de una pregunta muy sencilla. De este modo el texto bíblico ya tendrá una resonancia dentro de él y podrá compartir algo con el resto de los miembros cuando se realice el encuentro.

Durante la reunión, podemos señalar dos momentos, uno el de la “Guía de lectura” y otro el de “Para profundizar”.

La “Guía de lectura” que presentamos es un modo de leer la Biblia en grupo. Parte de la vida para volver a ella después de ser iluminada por la Palabra de Dios. De este modo, se pretende poner en diálogo la experiencia personal del creyente con el pasaje bíblico alusivo a María. Contemplando cómo ella ha respondido a los retos y desafíos que le

tocó vivir, en cierto modo semejantes a los nuestros, y cómo su ejemplo es aliento en nuestras respuestas de fe actuales. La Guía conduce a una oración compartida en la que tenemos presente a María como interesora y modelo para llegar al compromiso adquirido.

En el apartado “Para profundizar” se presentan una serie de temas complementarios a cada Guía de lectura. Se pretende así ofrecer a los participantes una sencillas ayudas para continuar conociendo el entorno en el que se desarrolló la vida de María, algunos aspectos de la Escritura donde ella aparece o elementos de la fe eclesial en María que consideramos de actualidad. Este apartado puede ser leído y comentado por todos los componentes del grupo durante la sesión, al final de la Guía de lectura; también puede dedicarse una reunión sólo a él y a las preguntas que suscite, o bien se puede invitar a que los participantes lo lean en casa, dejando el comentario para el encuentro con el grupo.

Después del encuentro cada participante lleva en los ojos y en el corazón la mirada y el latido de la Palabra. Le corresponde no apagar el fuego que ésta suscitó en su interior (cf. Lc 24,32), avivarlo mediante la reflexión personal y la implicación en el compromiso, consciente de que no se encuentra solo: la comunidad y María le acompañan en su tarea de seguidor coherente de Jesús resucitado.

Para seguir reflexionando

Indicamos sólo algunas obras sencillas que puedan ayudarnos a profundizar en la figura de María tal como nos la presentan los evangelios. Cada uno de los libros que indicamos ofrece, a su vez, bibliografía que puede sernos útil.

– R. Brown y otros (eds.) *María en el Nuevo Testamento* (Salamanca 1982) Ed. Sígueme.

Es un libro escrito por un equipo de especialistas luteranos y católicos. Presentan la figura de María en los evangelios y en la literatura de los primeros siglos. Es una obra para personas iniciadas en el tema. Puede servir como libro de consulta para aspectos concretos.

– J. C. R. García Paredes, *Santa María del 2000* (Madrid 1998) Ed. BAC.

Es un libro breve y muy sencillo que trata los temas fundamentales de la fe en María apoyándose en los textos bíblicos del Nuevo Testamento.

– J. P. Michaud, *María en los evangelios* (Estella 1992) Ed. Verbo Divino. Cuadernos Bíblicos nº 77.

El autor de este Cuaderno Bíblico presenta la figura de María desde lo que de ella se dice en los evangelios. La lectura que hace de los textos bíblicos es sencilla, no exenta de seriedad exegética, y sin olvidar que son textos de fe.

– X. Pikaza, *Amiga de Dios. Mensaje mariano del Nuevo Testamento* (Madrid 1996) Ed. San Pablo.

Esta obra nos propone a María como la mujer hecha mensaje y símbolo de amor para los cristianos. Consta de dos partes. La primera pretende mostrar el mensaje vivencial mariano que guardan siete textos del Nuevo Testamento dedicados a la madre de Jesús. La segunda parte se ocupa de la teología mariana desde la exégesis. Puede ser útil como libro de estudio y como obra para la reflexión personal.

– X. Pikaza, *La Madre de Jesús* (Salamanca 1990) Ed. Sígueme.

Es un libro pensado como ayuda para los que comienzan a estudiar mariología a un nivel bíblico-teológico. Se trabaja su presencia en la Escritura y en la Iglesia.

– S. Guijarro-M. Salvador, *Comentario al Nuevo Testamento*, La Casa de la Biblia (Madrid 1996) Atenas, PPC, Sígueme, Verbo Divino.

Este comentario, de fácil lectura, puede ser de utilidad para la comprensión de textos relacionados con María en el Nuevo Testamento.

El equipo de la Casa de la Biblia

1 **MARÍA DE NAZARET, OYENTE ACTIVA DE LA PALABRA**



¿QUÉ BUSCAMOS EN ESTE ENCUENTRO?

En este primer encuentro, con el que iniciamos el recorrido de diversas etapas de la vida de María de Nazaret, nos proponemos los siguientes objetivos:

- Profundizar en el conocimiento cordial de quien tiene “oídos de discípula”.
- Presentar a la Virgen María como la verdadera “oyente” que supo escuchar y acoger la Palabra con sencillez y en plenitud.
- Descubrir nuestra condición de oyentes privilegiados de esa Palabra aquí y ahora; y sentirnos, como María de Nazaret, llamados a hacerla nuestra y a difundirla.

GUÍA DE LECTURA

“Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu Palabra”

Antes de comenzar, buscamos **Lc 1,26-38**

► **Ambientación**

En la escena de la Anunciación se hace temporal, cercana y actual la Palabra eterna de Dios. Nosotros repetimos una y otra vez en la liturgia: ¡Palabra de Dios!, ¡Palabra del Señor!... Sin embargo, no siempre la acogemos con verdadero interés, ni reaccionamos ante ella con la misma obediencia activa y gozosa de la Virgen María. Verdaderamente estamos necesitando acercarnos a ella, y aprender en su escuela la sencilla y eterna novedad de la Palabra de vida.

► **Miramos nuestra vida**

Nuestro mundo está lleno de prisa y de ruidos. Falta capacidad de escuchar, de hacer silencio. Vivimos un tiempo loco, de muchas palabras vacías. Pero, a pesar de todo ello, también hay búsquedas; y aunque a veces lo dudemos, siempre hay oportunidad de aprender nuevamente el valor de la escucha atenta, para ganar así espacios de admiración y fidelidad ante la Palabra iluminadora: “Sólo tú tienes palabras de vida eterna”.

– *¿Sabemos escuchar a los demás? ¿Qué actitudes hacen falta para escuchar bien?*

– *¿Nos sentimos nosotros mismos escuchados cuando contamos a otros nuestras preocupaciones? Cuenta alguna experiencia.*

► **Escuchamos la Palabra de Dios**

En medio del pueblo de Israel ya se habían dejado oír, en épocas anteriores, esas mismas palabras que María escuchó: “Alégrate”, “el Señor está contigo”, “su Reino no tendrá fin”, “para Dios nada hay imposible”... Y, aunque oficialmente poseían la categoría de ser “Palabra de Yavé”, no siempre habían encontrado el debido eco en el corazón de los israelitas; ellos padecían de un mal parecido al

nuestro: la sordera de la rutina. Sin embargo, esas mismas palabras, al encontrar resonancias nuevas e insospechadas en la Virgen María, adquirieron en ella la fuerza necesaria como para poner en marcha una nueva creación.

- Hacemos unos momentos de silencio.
- Con una mirada atenta, leemos Lc 1,26-38, y consultamos las notas de nuestra Biblia.
- Después, permitiendo que la luz de esa Palabra nos ilumine, respondemos a las preguntas siguientes:
 - *¿Hay alguna frase de este relato que nos parece más importante? ¿Por qué?*
 - *¿Cómo reacciona María ante la Palabra que le es anunciada?*
 - *¿Qué cambios produce en María la escucha atenta y la acogida de esa Palabra?*

► **Volvemos sobre nuestra vida**

No es sólo la Virgen María quien recibe el anuncio de un “ángel”. Ángel quiere decir “mensajero”. Y todos encontramos en el camino de la vida “ángeles” que nos ponen muy cerca la Palabra del Señor. Personas y acontecimientos, así como ciertos detalles de la vida, pueden ser en realidad “mensajeros divinos”. Aunque no sea exactamente igual que en el caso de la Virgen, también nosotros estamos recibiendo continuamente mensajes de Dios. Lo importante es saber acogerlos.

- *¿Hay alguna luz en este pasaje del evangelio que podamos aplicar a nuestro momento presente?*
- *¿Descubrimos en nuestra vida “ángeles” de Dios que nos hayan transmitido su Palabra?*
- *¿Acogemos la Palabra de Dios como dirigida verdaderamente a nosotros? ¿Qué cambios ha producido esta acogida en nuestra vida?*

► **Oramos**

Teniendo muy presentes nuestras limitaciones y nuestras indiferencias respecto a la Palabra de Dios, valoremos también, con la ayuda del Espíritu, los pasos que estamos dando en la escucha y en la acogida de esa Palabra que da luz y fuerza para vivir.

- Leemos de nuevo el relato o alguna frase del mismo y hacemos unos instantes de oración en silencio.
- Después nos expresamos con palabras o con gestos para pedir

perdón por nuestras sorderas y/o para dar gracias por nuestro despertar al influjo de la Palabra.

- Se puede terminar rezando juntos el “Angelus” o cantando: “Madre de todos los hombres, enséñanos a decir Amén”.

EXPLICACIÓN DEL PASAJE

Al leer esta página del evangelio, es fundamental que nos situemos bien en el acontecimiento que nos es transmitido. Para conseguirlo, nos ayudará bastante el prestar atención a los lugares, a los personajes que configuran la trama, y a las actitudes que ahí aparecen.

Las indicaciones de lugar

En la Biblia, como en la vida, lo importante son los hechos; pero el lugar donde éstos ocurren siempre añaden algo especial. Por eso guardamos en el recuerdo tantos lugares y paisajes. Zacarías está en el Templo de Jerusalén cuando recibe el anuncio de que su esposa Isabel va a tener un hijo. El Templo es el lugar sagrado por excelencia y la ciudad de Jerusalén ocupa el centro de la historia de Israel. En cambio, la Palabra es dirigida a la Virgen María en “Nazaret de Galilea”. Nazaret es una aldea que ni figura en los mapas oficiales; tan insignificante, que Natanael puede decir tranquilamente: “Indaga y verás que de Galilea no sale ningún profeta” (Jn 7,52).

Pues bien, en ese marco tan profano y carente de valor dentro del ambiente judío, es donde “la Palabra de Dios se hizo carne y habitó entre nosotros”. Por tanto, el texto nos ofrece datos comprobables de que la Palabra de Dios se ha hecho presente no sólo en el Templo, sino en una tierra que no puede presentar título alguno de grandeza. De esta manera nos indica pistas para que nosotros saquemos conclusiones.

Los personajes

Lucas nos transmite aquí el encuentro más prodigioso que podamos imaginar entre Dios y cualquier criatura humana. Pensándolo bien, sólo María estaría en condiciones de contar algo de lo que realmente ocurrió. Y ella no podía dar a entender lo profundo de esta experiencia sino mediante figuras propias de su cultura.

– El ángel: ángel quiere decir “mensajero”. En la Biblia se emplea ese término con el matiz de “mensajero de Dios”. Gabriel significa “Dios es mi fuerza”. Es el mismo ángel que fue enviado a Daniel para revelar la profecía de las setenta semanas. Está directamente asociado a la venida salvadora de Dios (Dn 8,16; 9,21). Es enviado a

Zacarías y a María, para anunciarles el nacimiento de sus hijos (Lc 1,19.26). Lucas no duda de la realidad de estos mensajeros (cf. Hch 23,8); pero, según el uso bíblico, cuando se produce una comunicación divina, también se puede hablar de intervención “de un ángel” (cf. Jn 12,29); y allí donde se dé una profunda experiencia espiritual, podemos decir que ha estado presente el Señor (cf. Lc 22,43). En definitiva, lo importante es señalar la profunda vinculación que existe entre el “Ángel/mensajero” y “Palabra/Experiencia de Dios”.

– María: María, Mariam o Myriam es el nombre que había llevado en otro tiempo la hermana de Moisés y de Aarón (Éx 15,20). El significado del nombre no está claro, pero en el arameo del siglo I se interpretaba el nombre de María como “señora” o “princesa”. Lucas se refiere en muchos momentos a María como una joven mujer del pueblo hebreo y fiel observante de la Ley (Lc 2,22.27.39); pero al mismo tiempo quiere dejar claro que no es una mujer judía cualquiera. En la Anunciación, es presentada primeramente como la “virgen desposada con José”. Pero el ángel Gabriel la saluda diciéndole: “Dios te salve”; y a continuación va desgranando una letanía de dones de Dios: “llena de gracia”, “el Señor está contigo”, “Dios te ha concedido su favor”, “concebirás y darás a luz un hijo, al que pondrás por nombre Jesús”, ese hijo tuyo “será llamado Hijo del Altísimo”, “el Espíritu Santo vendrá sobre ti”, “el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra”, el que va a nacer de ti “será santo y se llamará Hijo de Dios”. Todas estas expresiones sublimes nos hablan de la grandeza de María, precisamente porque ella “escucha la Palabra de Dios y la pone en práctica”.

– El Espíritu Santo: según Lucas, Jesús, desde su nacimiento, está unido al Padre. Esta relación es obra del Espíritu Santo, a quien el evangelista describe como el poder o la fuerza de Dios (Lc 1,35), que estuvo presente en la creación del mundo (Gn 1,2) y que reaparece también ahora, en el momento en que se inicia la nueva creación de Dios. La presencia del Espíritu en el relato de la concepción virginal de Jesús está testimoniando que la salvación buscada y anhelada por hombres y mujeres de todos los tiempos nunca podremos hacerla brotar sólo con nuestras propias fuerzas. Siempre será don y regalo de Dios.

Las actitudes que aparecen en María

– Perplejidad y asombro: en un principio, María se siente confundida ante el saludo. ¡Son demasiadas impresiones para una joven de corazón sencillo, aunque esté sensibilizada con el proyecto salvador de Dios! Pero el ángel confirma la validez del saludo y disipa la confusión.

– Libertad de espíritu y madurez humana: la figura de María aparece con unos rasgos bien definidos de libertad y de madurez

excepcional. El diálogo resalta, junto a la sencillez de esta joven, su capacidad de intervención crítica y respetuosa: “¿Cómo será esto?”.

– Escucha atenta y acogida de la Palabra: esto es lo más importante, lo definitivo. En María se realiza con perfección lo que el profeta Isaías había anunciado: espabilar todos los días el oído para escuchar como discípulos (cf. Is 50,4). Y esa escucha se convierte en disponibilidad total: “Hágase en mí según tu Palabra”.

PARA PROFUNDIZAR

Acoger la Palabra

Ante las páginas de la Sagrada Biblia, mucha gente reacciona diciendo: “no saco nada de provecho, no sé cómo interpretar, me cuesta mucho entender lo que quiere decir”. No cabe duda de que hay un problema serio en esa relación entre los creyentes y la Palabra de vida. Parece como si estuviéramos avanzando por un hermoso sendero, y de repente desapareciera el camino o tropezáramos con un muro infranqueable. ¿Cómo hacer un poco de luz en el tema?

La Biblia es apasionante, pero no siempre es fácil. Hay obstáculos reales que provienen de los mismos escritos bíblicos, del desconocimiento de las circunstancias de aquel tiempo y también del mismo lenguaje empleado: hay términos y giros propios de épocas muy diferentes a la nuestra. Pero, atención, ¿no puede ocurrir a veces que algunas dificultades dependan de nosotros mismos, de nuestras actitudes? A éstas especialmente queremos referirnos aquí.

Tres pasos incompletos

– Cada página de la Biblia es como un conocido con quien nos tropezamos en la calle; se trata de una persona extraordinaria que podría llegar a ser amiga de verdad. Pero si le decimos “¡Hola! ¿Qué tal?” y no prestamos atención a su respuesta, si seguimos adelante sin detenernos, ¿qué amistad podrá crecer entre los dos? Ése es uno de los problemas mayores para quien se cruza con la Palabra de Dios: rozar levemente su superficie y pasar a la ligera, sin entrar en su contenido. Apenas le dedicamos un poco de tiempo, y con un mínimo de interés. No rompemos la cáscara y, por eso mismo, nos resulta imposible saborear el fruto.

– Otras veces le dedicamos tiempo y esfuerzo, pero aquello que leemos lo consideramos como cosa del pasado; es decir, algo digno de ser recordado como “historia sagrada”, y que nos hace exclamar: ¡qué bonito!... Pero no lo sentimos como algo actual y personal, como

algo que merezca situarse todos los días en el horizonte vital de nuestro aquí y ahora.

– Por fin, damos un paso más. Nos acercamos a la Palabra sintiéndola como algo que toca nuestra propia piel y que nos afecta. Como algo que es conveniente para nuestra experiencia de vida, y por eso mismo intentamos apropiárnoslo. Lo vemos necesario y procuramos guardarlo celosamente. Si lo hacemos así, ya hemos conseguido mucho. Pero falta un último paso que es definitivo.

Los pasos necesarios

Primero: es necesario interiorizar la Palabra de Dios que llega a nosotros. Se requiere esfuerzo y perseverancia activa en la búsqueda constante; pero se hace aún más imprescindible el dejarse conducir por ella. La Palabra nos sale al encuentro; hay que gastar con ella mucho tiempo gratuito, como se hace con los amigos. Y aunque habrá cosas que no lleguemos a entender por completo, siempre podremos “guardarlas en el corazón”, como María, esperando tiempos mejores para la comprensión más profunda.

Segundo: no basta con interiorizarla; es necesario también hacerla presente, actualizarla. Cuando la Palabra de Dios es acogida en el corazón, más tarde o más temprano nos damos cuenta de que es actual; que lo que sucedió en el pasado también puede ocurrir en el presente. Y aunque nos preguntemos a veces, como los israelitas en el desierto, “¿Está o no está Dios entre nosotros?” (Éx 17,7), poco a poco iremos descubriendo que también nosotros podemos decir lo que Jesús en la sinagoga de Nazaret: “Hoy se cumple esta Palabra que acabáis de escuchar” (Lc 4,21).

Tercero: el gran obstáculo con el que nos encontramos es que en nuestros días se relativiza todo; y, como consecuencia, crece la inhibición de quienes hemos sido iluminados por esa Palabra que desea ser luz del mundo. Por eso, es urgente universalizarla; es decir, ofrecer a los demás “lo que nosotros hemos oído, lo que hemos visto, lo que hemos contemplado y han tocado nuestras manos acerca de la Palabra de vida” (1 Jn 1,1). Es necesario potenciar la conciencia de ser enviados/misioneros, y ponerse en camino para llevar esa Buena Noticia a los demás; necesitamos abrir las manos para poder compartir la alegría del tesoro descubierto y de la perla encontrada (cf. Mt 13,44-46).

Peregrinos, con María de Nazaret, al encuentro de la Palabra

Para poder dar esos pasos, superando cada uno de los obstáculos, es conveniente que profundicemos siempre un poco más en el camino recorrido por María de Nazaret. Ella hizo realidad lo que estamos llamados a vivir hoy, sin excepción, todos los discípulos de Jesús. También a nosotros se nos dirige la Palabra que libera y salva. Está

al alcance de todos. No hace falta subir hasta el cielo, ni ir a buscarla más allá del mar. “La Palabra está bien cerca de ti, está en tu boca y en tu corazón para que la pongas en práctica” (Dt 30,14).

PARA PREPARAR EL PRÓXIMO ENCUENTRO

Para preparar el próximo encuentro leemos Lc 1,5-45. En este pasaje aparece el relato de dos anunciaciones: la de Juan Bautista y la de Jesús. En ambos relatos hay cosas muy parecidas, pero también encontramos diferencias. Mientras vamos leyendo el texto, podemos anotar lo que nos venga a la mente, respondiendo a la siguiente pregunta:

¿Qué cosas comunes hay en las dos anunciaciones y qué diferencias encontramos?

NOTAS

2 MARÍA, BENDITA Y BIENAVENTURADA



¿QUÉ BUSCAMOS EN ESTE ENCUENTRO?

María ha acogido la Palabra en sus entrañas. El sí que pronuncian sus labios refleja la actitud de su espíritu abierto al plan de salvación de Dios. Las noticias de su prima Isabel hacen que se ponga en camino y que vaya a su encuentro con actitud gozosa y de servicio.

En esta sesión nos proponemos:

- Descubrir cómo en María se hacen realidad todas las bendiciones de Dios a su pueblo, culminando la historia de las grandes mujeres de la Escritura.
- Contemplar a María como la primera bienaventurada.
- Reflexionar acerca de la propuesta de felicidad que nos hace este pasaje.

GUÍA DE LECTURA

“Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre” “Bienaventurada tú que has creído”

Antes de comenzar, busquemos **Lc 1,39-45**

► **Ambientación**

En nuestra sociedad se usan con cierta frecuencia los términos “benedicir” y “maldecir”. Bendecimos la comida, el agua; se bendicen los campos, los niños; bendecimos objetos religiosos para nuestra devoción. Por el contrario, también existe la maldición.

Alcanzar la felicidad, la dicha plena, es meta de todo ser humano. María es presentada como bendita y como bienaventurada por su prima Isabel, pero lejos de los patrones que utilizamos nosotros para bendecir a otro o para decidir en qué consiste la felicidad o quién es feliz.

► **Miramos nuestra vida**

En la vida ordinaria nos encontramos con situaciones que provocan espontáneamente en nosotros la experiencia de la bendición o de la maldición. Los creyentes, cuando contemplamos la acción de Dios en la vida, bendecimos su nombre. Pero, por otra parte, cuando necesitamos su ayuda, su consuelo, su favor, su paz, pedimos su bendición. No podemos negar tampoco que en situaciones extremas puede surgir en el interior del ser humano el deseo de maldición. Con la maldición se busca atraer la desgracia, el infortunio, la desdicha para el otro.

– *¿Cuándo solemos bendecir? ¿Qué sentido le damos a esta bendición?*
– *¿Cuándo decimos a alguien “dichoso tú” o “feliz de ti”?*
– *¿Qué personas, cosas o situaciones te colman de alegría, te hacen sentirte lleno, te satisfacen y te dan paz interior? ¿Por qué se produce en ti esa felicidad?*

► **Escuchamos la Palabra de Dios**

Vamos a ver si la Palabra de Dios puede iluminar estas experiencias que encontramos en la vida ordinaria.

- Antes de escuchar la Palabra de Dios hacemos un momento de silencio para prepararnos interiormente.
- Proclamación de Lc 1,39-45.
- Silencio. Leemos cada uno de nuevo el pasaje y miramos las notas.
- Tratamos de responder juntos a estas preguntas:
 - *¿Cómo describe el texto la actitud de María? Nota cada detalle.*
 - *¿Quién hace que Isabel irrumpa en ese grito?*
 - *¿A quién bendice Isabel? ¿Con qué palabras llama a María?*
 - *¿Por qué es proclamada bienaventurada María?*

► **Volvemos sobre nuestra vida**

Partiendo de la propia experiencia contrastada por todos los miembros del grupo e iluminados por la Palabra de Dios, buscamos profundizar en este pasaje evangélico y ver en María a la perfecta bienaventurada.

- *¿Crees que es motivo de felicidad completa el fiarse de Dios y creer en Él?*
- *¿Vivimos con alegría nuestra vida y la consideramos tiempo de salvación?*

► **Oramos**

Presentamos al Señor nuestra reflexión y nuestra vida compartida. Le pedimos que Él sea nuestra alegría, y que encontremos en la fe un motivo de alabanza y de felicidad para todos nosotros.

- Volvemos a leer Lc 1,39-45.
- Unos pueden espontáneamente bendecir a Dios por distintos motivos mientras que otros pueden decir “bienaventurados los... porque...”.
- Cantamos “Bienaventurados seremos, Señor” u otro canto semejante que todos conozcamos.

EXPLICACIÓN DEL PASAJE

Si buscamos el marco de este breve texto, conocido como la Visitación, descubrimos el paralelismo que Lucas establece continuamente entre Jesús y Juan. Después del prólogo (Lc 1,1-4) con el que inicia su relato, el evangelista dibuja un tríptico: en un primer

cuadro narra el anuncio del nacimiento de ambos (Lc 1,5-56); en una segunda tabla pinta el nacimiento de Juan y a continuación el de Jesús (1,57-2,52); en el tercer lienzo, la primera actividad de ambos (Lc 3,1-4,13). Lucas propone en esta doble presentación el paso del Antiguo al Nuevo Testamento, del tiempo de la promesa al tiempo del cumplimiento, y el carácter definitivo de Jesús y su misión sobre el de Juan. Para Lucas, en Jesús se cumplen las promesas de salvación que Dios había hecho al pueblo de Israel y con Él se inaugura un tiempo nuevo.

El pueblo fiel de Israel ha esperado con impaciencia la llegada del Mesías abrigando y madurando antiguas promesas. Los antiguos profetas (Isaías, Ezequiel, Zacarías) han ido marcando el camino, invitando al pueblo a que pusiera su esperanza en la intervención de Dios. Isabel es la personificación de todo un pueblo creyente que espera. María es el seno que engendra la promesa de Dios. La Visitación es el encuentro de dos madres (Isabel y María), de dos hijos (Juan y Jesús) y de dos tiempos en la historia de la salvación, el tiempo de la esperanza y el del cumplimiento.

Los varones están desplazados de la escena. En los primeros versículos del capítulo aparece Zacarías, sacerdote recto a los ojos de Dios, que sin embargo desconfía del anuncio del ángel, pide garantías para creer que va a ser padre (Lc 1,18.20); la desconfianza le acarrea la mudez temporal. Zacarías pertenece todavía al Antiguo Testamento, no tiene capacidad de contemplar lo nuevo, mientras que María es la mujer que inaugura los nuevos tiempos. Son dos actitudes distintas frente al ángel que anuncia: María acepta sin reservas que se cumpla en ella la Palabra de Dios (Lc 1,38) mientras que Zacarías duda (Lc 1,18).

Los protagonistas de la Visitación son dos primas, Isabel y María. Isabel, la esposa de Zacarías, se sitúa en línea con todas las mujeres estériles del Antiguo Testamento que después de un largo tiempo de espera son agraciadas por Dios. Recordemos a Sara, la mujer de Abrahán (Gn 17,15; 18,11-14; 21,1-4), la madre de Sansón (Jue 13,2-5.24), la madre de Samuel (1 Sm 1,5.19-20). En ellas se hace visible la acción de Dios que con su mano lleva adelante la historia y nos sorprende una y otra vez.

María se pone en marcha “por aquellos días”, es decir, poco después de la Anunciación (Lc 1,26-38). El Ángel Gabriel anuncia a María que su prima Isabel está encinta. María se pone en camino con presteza, es la actitud de la mujer que no espera a que le llamen cuando hay una necesidad, sino que sale al encuentro para ver en qué puede ayudar. El viaje entre Nazaret y la ciudad de Judá de la que habla el texto supone cuatro días de camino atravesando las montañas. El texto no aporta nada más, pero según una anti-

gua tradición se trataría de la actual ciudad de Ain Karem, situada a unos siete kilómetros al oeste de Jerusalén.

La acción pasa a Isabel, que prorrumpirá en una bendición y en una bienaventuranza. El saludo de María, que lleva al Mesías en su seno, alcanza a Isabel y, a través de su madre, al precursor del Mesías, a Juan. El niño salta de alegría en su seno. El movimiento natural del niño se convierte en signo del gozo que suscita el encuentro de los dos niños, de los dos tiempos, el de la promesa y el del cumplimiento. Las palabras que brotan de la boca de Isabel son fruto del Espíritu Santo que ha descendido sobre ella y le ha dado a conocer el misterio de María (Lc 1,41). Isabel, constituida profetisa del tiempo que se inaugura, recoge y confirma el saludo del ángel Gabriel proclamando la bendición de Dios a María y al fruto de sus entrañas: “bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre” (Lc 1,42). Desde antiguo Dios ha bendecido abundantemente a su pueblo. Es la bendición descendente, en la que toda la humanidad se beneficia de la acción misericordiosa de Dios. Bendice a Abrahán y en él a toda la humanidad “en ti bendeciré a todos los pueblos de la tierra” (Gn 12,3), bendice a David y a toda su casa con un reinado perpetuo (2 Sm 7,16.29). En la plenitud de la historia, María es bendecida y en ella se inaugura el nuevo tiempo mesiánico, el tiempo de Cristo, fruto de su vientre. En la joven María se bendice a Dios, bendición ascendente, porque derrama su bondad con nosotros. La vida del creyente se torna así en bendición continua a Dios.

Isabel sigue reaccionando con una exclamación de extrañeza “¿de dónde a mí esto?” entremezclada con una profesión de fe: “la madre de mi Señor”. Juan inaugura su misión anunciando por boca de su madre el señorío de Jesús. Isabel confirma en una segunda frase (comparar Lc 1,41 con Lc 1,44) que, como consecuencia del saludo de María, es la alegría la que hace saltar al niño en el vientre de Isabel. El tiempo de salvación es tiempo de alegría.

La intervención de Isabel concluye con una bienaventuranza: “Dichosa tú, que has creído, porque se cumplirá lo que el Señor te ha prometido” (Lc 1,45). María es proclamada bienaventurada no por participar de los bienes o de los poderes de este mundo sino por su fe limpia y acogedora de la palabra del ángel y porque ha creído sin poner reservas a Dios, porque la promesa de Dios se cumplirá en ella.

PARA PROFUNDIZAR

La mujer en el judaísmo de la época

Nos acercamos a la figura de la mujer en el judaísmo desde una doble vertiente que, por otra parte, tiene una estrecha relación entre sí: su condición social y religiosa.

Condición social

La posición de la mujer en la sociedad judía tiene que ver directamente con el ámbito familiar. El respeto y aprecio del que goza depende del número de hijos –especialmente varones– y de la capacidad para llevar bien la casa. Su marido se dedica a ella y los hijos le deben obediencia y respeto, lo mismo que al padre. Tradicionalmente el destino natural y originario de la mujer es la maternidad, lo que hace que el mandato de reproducción vaya dirigido al hombre, y no a la mujer. En cambio, como en todo el Antiguo Oriente, la esterilidad se imputa a la mujer; más aún, según el derecho tradicional, puede ser motivo de divorcio si al cabo de diez años no tiene hijos. Las obligaciones de las mujeres consisten en el cuidado de los hijos menores, la educación de las hijas para su futura misión como esposas y madres, la administración de la casa y la fiel observancia de las respectivas prescripciones rituales. El marido hace elogio de la buena ama de casa y los sabios la exaltaban (Prov 31,10-31).

El matrimonio para el mundo judío, sin llegar a ser un sacramento, es un contrato que pasa de lo meramente profano a la esfera de lo sagrado; de hecho, el acto que establece el vínculo conyugal se denomina “santificación”. Los letrados aconsejaban conceder a las muchachas en matrimonio desde la edad de doce años, y casar a los muchachos a la edad de dieciocho; la edad de veinte años se consideraba límite extremo. El adulterio se considera de especial gravedad y está castigado con la lapidación de la mujer, mientras que el varón no incurre en falta si mantiene relaciones con otras mujeres fuera de su esposa (esclavas o prostitutas). En caso de que el marido quiera divorciarse de su mujer por haber encontrado en ella “algo desagradable”, debe entregarle un “libelo de repudio”, documento que permite a la mujer volver a casarse; por otra parte, la mujer, según la Ley judía, no podía solicitar el divorcio.

La mujer siempre es “menor de edad”; si es joven está sujeta a la autoridad del padre, y si está casada, a la del marido, a quien llama “señor”. El contrato de matrimonio ofrece la posibilidad de llegar a acuerdos favorables a la mujer, en cuanto su derecho a los bienes, aunque, por lo general, la administración y usufructo del capital corresponde al marido, y ante una herencia no puede here-

dar del marido ni tampoco de su padre, excepto en ausencia de un heredero masculino.

La costumbre manda que en la medida de lo posible, la mujer no se muestre excesivamente en público. Para el hombre, el trato con mujeres se considera si no como posible, sí al menos como aparente ocasión de pecado, por eso hay que restringirlo a lo absolutamente indispensable.

Condición religiosa

La mujer judía no puede ser sacerdote ni desempeñar otras funciones del culto –como cantar, limpiar, preparar ofrendas– que están reservadas a los varones levitas. Su presencia en el Templo de Jerusalén se limita al “atrio de las mujeres”, situándose sólo por delante de los paganos. Lo mismo pasa en la sinagoga, donde ocupa un lugar distinto de los hombres. Para la oración es imprescindible que haya al menos diez varones mayores de edad; de otra forma, aunque haya un nutrido número de mujeres, no puede comenzar. En el antiguo Israel sí que tenemos constancia de mujeres profetisas: Miriam (Éx 15,20s), Débora (Jue 4,4), etc.

La Ley contempla una serie de consideraciones rituales en las que entra en juego la dialéctica de lo puro-impuro y que afectan al mundo femenino. Tanto la menstruación (Lv 15,19-30) como el parto condicionan toda una serie de precauciones y prescripciones. Por el parto la madre queda impura treinta días si es niño y cuarenta y dos si es niña. Pasados estos días, la mujer piadosa ofrece un sacrificio en el Templo (Lv 12,2-6; Lc 2,22-24).

La responsabilidad religiosa sobre la mujer incumbe al padre, o al marido. Los votos de la mujer debe revalidarlos el marido, el cual puede también invalidarlos (Nm 30,4-17). Sólo el hombre está obligado a una plena observancia de la Toráh. En la bendición matutina el hombre da gracias a Dios por no haberlo creado pagano, ni mujer, ni esclavo.

En este contexto social y religioso vive María, desposada con José, en un pueblecito de Galilea, Nazaret, sometida a las prescripciones religiosas y sociales del judaísmo del siglo primero.

María e Isabel inauguran los nuevos tiempos

En este contexto de marginación o de exclusión a la que están sometidas las mujeres, sobresalen con más fuerza aún si cabe las dos figuras femeninas tal como nos las presenta el evangelista Lucas.

La escena es sólo de mujeres. Ellas son las que han esperado, las que han creído (recordemos que Zacarías duda) y las que se funden en un abrazo que en realidad es el abrazo de los dos tiempos salvíficos, el que está gritando su consumación y el que la rea-

liza. Juan y Jesús saltan de alegría en el vientre de sus madres al encontrarse y saludarse.

La historia de la salvación en el evangelio de Lucas pasa por la entrega total e incondicional de María a la Palabra de Dios. Lejos de ocupar un papel secundario, de mera comparsa, María es protagonista, es mujer que dice sí, que arriesga, que se fía, que acepta que Dios entre en su vida y la transforme y la cambie totalmente.

PARA PREPARAR EL PRÓXIMO ENCUENTRO

En nuestro próximo encuentro vamos a detenernos en el pasaje del “Magnificat”. Está en Lc 1,46-55. Mientras lo lees, fijate en esto:

¿Cuales son los motivos por los que María alaba a Dios?

NOTAS